

Juguetes y Niños

... Son tan bellos y tan simpáticos los inocentes angelillos de la tierra, que, despertando un afecto espontáneo, provocan la caricia y llaman el beso hacia sus boquitas húmedas y sonrosadas, empapadas deliciosamente con místicos perfumes de virginidad, que huelen á gloria.

Dá gozo verlos con sus caritas risueñas, sus finas frentes de nácar y sus dulces ojuelos de azul immaculado, en cuyo sereno fondo destella algo de misterioso é inefable; la sagrada aureola de lo divino, aleación con-fusa, extraña, de levadura terrenal y de resplandor celeste.

Cuando tenemos delante de nosotros á un niño, sentimos en lo más íntimo del alma cierta emoción religiosa, profunda y dulcísima. Nos parecen el germen virginal de la vida, el arcano indecifrado, envuelto en sombras augustas, la esfinge minúscula, mirando siempre hacia un porvenir lejano; que, muda, ya tiene un lenguaje enigmático, sin sonidos ni palabras, puro y eterno símbolo, para hacer meditar hondamente á las generaciones pensadoras.

Y es que los niños nos hablan de todo lo puro, de todo lo santo, de todo lo grande, que hay esparcido, como siembra infinita, en el mundo. Sus miradas candorosas y alegres nos iluminan, sus dulces caricias nos transportan, sus abrazos tiernos nos conmueven y sus ósculos purísimos, entrecortados, tibios, caen, llenos de dulcedumbre, sobre nuestras almas, haciéndolas vibrar santamente en el arpa misteriosa del sentimiento, toda ella eco, amor y poesía.

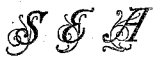
Pero los niños que conquistan franco, totalmente, nuestro sensible corazón, son las criaturitas pobres, los infelices desheredados de la fortuna, la carne anónima del arroyo que, alentada por un débil soplo de vida, peregrina pensosamente entre duros aguillonazos del hambre implacable y visiones monstruosas de la suerte adversa plagada de negruras.

Ellos constituyen una legión sagrada de ángeles, bien digna de nuestra fervorosa simpatía y mercedora de nuestra compasión profunda, porque tienen las ansias naturales de todo lo humano y carecen, para su inmensa desgracia, de satisfacciones cumplidas: viven, arrastran su misera existencia, con la eterna visión de la esperanza, piadosamente cristalizada en sus tranquilas pupilas de cielo.

Para estas santas criaturas que suspiran oprimidas por gran dolor, en el olvido, sin mimos cariñosos que endulcen sus horas tristes, sin besos maternos que calienten, con amor, sus frentecitas yertas, sin nada de venturoso en la vida que les brinde á gozar en sus festines espléndidos, prohibidos para ellos, yo pido al bueno de Ricardo Blázquez, al dueño simpático y generoso del gran BAZAR MURCIANO unos juguetes, modestos juguetes que, llevando á sus corazones sin hiel la radiante alegría de la vida, les hablen también del amor de los hombres, de la bendita misericordia de los buenos.

Inocentes y dulces pequeñuelos, serafines humanos: Rogad á Dios siempre por la prosperidad creciente del magnífico BAZAR de Blázquez, que casi todos los años tan galantemente os obsequia, colmando vuestros infantiles caprichos, y recibid humilde ofrenda, en oleadas de amor, el fuego invisible, pero ardentísimo, de los infinitos besos de un alma que os adora...

LUIS DIEZ GUIRAO DE REVENGA.



Como de costumbre, me ha pedido versos el BAZAR MURCIANO; ni valen razones, ni valen excusas, no puedo negarlos ¡porque tales mañas para conseguirlo se dá don Ricardo!...

Lo peor no es esto, pues ya en el apuro con un par de coplas saldría del paso; lo peor, señores, es que don Ricardo, no tan solo versos me pide de encargo, sino que se muestra cruel y me exige que los haga largos! ¡Qué hacer! ¡vayan versos! Serán como siempre ¡mis versos de lágrimas, mis versos amargos!

El nene hermosote de los ojos grandes, parado está enfrente del escaparate:

horas y más horas con ávidos ojos contempla el tesoro que tiene delante, nombrando las cosas que vé, con deleite, con arrullo infantil inefable:

—Tambores, trompetas, caballos, cañones, fusiles y sables, cajas de soldados, torres y castillos, buques de combate... — y al tema de nuevo: — ¡Tambores, trompetas... inmóvil, estático...! ¡Como si soñase!

el nene hermosote de los ojos grandes, y en su calentura delira y repite con arrullo infantil inefable:

— ¡Tambores, trompetas...! ¡u tema de siempre...! ¡como si soñase!

Era fina la pequeña, con el pelo como el oro... era fina y era astuta... tan menuda y tan delgada, que lo mismo que una anguila se escurría entre y á los puestos se arrimaba. (la gente

¡Pobrecita! la cogieron con las manos en la masa... la cogieron cuando lista con un lindo costurero se escapaba... ¡La cogieron y á la cárcel la llevaron!... ¡Pobrecita!... tan menuda y delicada, con su pelo como el oro, ¡parecía una muñeca que llevábanse los guar-

Vicente Medina.

Lo que debe cantarse

Íncito vate de dorada lira que en himno delicado y melodioso cantas al cielo, al mar, al bosque umbroso y hasta al insecto que en el aire girá.

¡Oh vate insigne, cuya frente aspira al nimbo de la gloria esplendoroso; cuyo númen ardiente y poderoso del dulce amor en el edén se inspira!

Si quieres conseguir láuros y flores no cantes la ilusión de tus amores ni del orbe lo hermoso y sobrehumano;

cantá con fuerte voz y afán profundo, canta en endecha que entusiasme al mundo las maravillas del BAZAR MURCIANO.

Fulgencio Barado.

Cartagena.

Para el Bazar Murciano

Amigo Blázquez: Me pide en su cariñosa carta alguna composición «escrita en verso y... muy largas.

¡Pobre de mí! Si hace un siglo que dejé colgada el arpa convencido de que el Arte con sus mimos no me halaga, puesto que llamé á sus puertas y no quiso franqueármelas, ¿qué he de hacer que corresponda á su galante demanda? ¿Repetir lo que otros dicen? ¿Decir lo que otras veces dije yo, bien ó mal dicho, en ocasiones análogas?

¡Habljaremos de la feria? El tema es mucho ó no es nada, según su exterior se explore ó se bucé en sus entrañas.

Cosa exquisita es por cierto de Murcia la feria clásica: pero no su encanto estriba en su hilera de paradas, ni en los festejos que anuncia el municipal programa. (En el cual, si bien se mira, del Municipio no hay nada; ni los bailes del Casino, ni los toros, ni la Plaza, ni el simulacro del Arbol, ni las funciones dramáticas, ni, en fin, nuestra gran Patrona la Virgen de la Fuensanta...)

Nó: nuestra feria no es eso: concretar es rebajarla: condensar sus caracteres en los moldes de un programa (mezquino y mal redactado y aún con faltas ortográficas) es... calzar con espartañas á la Venus Lemniana.

Porque su encanto es su espíritu: vibraciones que se escapan á los sentidos y filtran las entretelas del alma y la saturan de goces y de intangibles fragancias.

Luz, amores, alegría de vivir; formas gallardas que dulces sueños forjaron y vemos luego cuajadas en radiantes hermosuras de mujeres soberanas.

Juventud exuberante que generosa derrama los raudales de su dicha, la emanación de su gracia, como una nube de incienso que nos envuelve en sus gasas y á la par nos acaricia con sus ondas perfumadas.

Tropel de argentinas voces; ¡la Felicidad que pasa por el ambiente y nos deja á unos dichas, á otros calma!

La feria es esto: lo otro es el marco que la encuadra. Mas ¿quién sonda tal hondura? De lo inefable ¿quién habla?

¡Bosquejaremos el cuadro de la soberbia avalancha que inunda la Platería de muchedumbre bizarra? Desfile de la belleza, triunfal y solemne marcha de la mujer de Levante,

¡la más hermosa de España! ¿Quién habrá que lo describa? No las espléndidas galas, las blondas y los encajes, ni el mantón de seda blanca,

ni las perlas de Golconda, ni los perfumes de Arabia, que son el lujoso fondo donde el cuadro se destaca: lo que allí descuella y brilla es ella, la musa mágica;

vida y nervio de la tierra que el Segura ciñe y baña: el resplandor de sus ojos, el sopor de sus miradas y el estufo de su cuerpo cincelado en carne cálida.

¡El hondo estremecimiento que por nuestro ser resbala!

¡Habljaremos del brillante aspecto de las veladas? Es igual: el mismo ambiente; es el desfile que pasa.

¿De los toros? ¿Del bullicio y la mezcla abigarrada de un pueblo que, delirante, se precipita en la Plaza?

¿De la emoción de la lidia? ¿Del entusiasmo que estalla en aplausos resonantes cuando el diestro al toro clava en la mitad de los rubios, hasta el gavián la espada?

¿Del BAZAR? ¿De la riqueza, del buen gusto y la elegancia que en él presiden y tienen en él su régia morada?

La luz y el oro formaron espléndida y noble masa que del Arte en los troqueles cristalizó en vida y alma.

Vitrinas y escaparates fulguraron como un óscua y se llenaron pletóri os de bronce y porcelanas.

Y el BAZAR es un museo y es una exquisita gama donde el color y la forma se enraizan y entrelazan en el más riente acorde del estético pentágono.

Mas esto ¿quién no lo sabe? ¿Para qué emplear palabras con el objeto de hacerlo sentir, si con verlo basta? Lo lógico es admirarlo: lo mejor no decir nada.

Amigo Blázquez: supongo satisfecha su demanda, cantidad fué lo que quiso, no calidad, buena ó mala. Que el romance es kilométrico es una verdad palmaria: también es cierto que es malo: otra verdad axiomática. Culpable es Vd. de lo uno y de lo otro mi desgracia, no mi voluntad; hubiera querido, de buena gana, que hubiesen sido mis versos una magnífica sarta de perlas, y sus estrofas esculturas cinceladas en el péntico mármol... ó, en fin, en el de Carrara; pero, amigo, no he podido; ¿perdone mis muchas faltas.

E. Martínez y Rebollo.

¡Antes la muerte.....!

Peticiones verbales, recordatorios por escrito, señas, telegramas... ¡Imposible resistir más!

Cojo la pluma y escribo: Sr. D. Ricardo Blázquez. Bazar Murciano.

Querido Ricardo: ¡No puedo más! Me dejo mis quehaceres, y declaro, urbi et orbe, coram populo, y demás latines ad hoc, que no hay sobre la tierra cosa mejor que el Bazar Murciano instalado en Cartagena en la calle Mayor núm. 33, ni hombre más terrible que su dueño... Su yo afectísimo,

J. García Vaso.

P. D.— ¡Antes la muerte que resistir!

MUÑECOS!

Lo que más me llama la atención en el Bazar Murciano son sus muñecos; porque me imagino que el conjunto de ellos viene á ser una copia fiel del mundo en que vivo, ó, hablando con más propiedad, de la sociedad que me rodea.

En el Bazar hay muñecos que lloran; aquí también hay quien llora más ó menos, según las conveniencias aconsejan, y según las personas que lo presencian; allí hay quien dice papá y mamá; aquí todos empiezan del mismo modo, pero después dicen otras muchas cosas, que cada vez son peores; allí hay quien baila de una misma manera, pero aquí hay quien baila al son que le tocan; en el Bazar casi todos los muñecos son articulados, y en el mundo también, y unos y otros toman diversas actitudes según los casos, las circunstancias y el capricho de quien los mueve; los

muñecos tienen generalmente las manos abiertas y los brazos esten lidos, y las personas también los tienen sí como así pidieran algo que nunca llega á satisfacerles, porque unos y otros continúan después en la misma actitud; en una palabra, los muñecos se hacen imitando á los niños, y como estos viven en imitación constante de todo cuanto ven hacer á las personas mayores, resulta que el hombre y el muñeco son dos entidades perfectamente análogas, completamente parecidas.

Pero sucede que hay algunas personas que tienen con los muñecos más semejanza que otras. Por ejemplo: el hombre que por la bondad de su carácter se presta á todas las exigencias de sus amigos, ¿qué otra cosa es sino un muñeco adaptable al uso, ó tal vez, al abuso de la amistad? El que afanoso por complacer á todos los demás, cede, á veces, sus propios derechos en obsequio de otros que le agradecen su comportamiento y generosidad, durante cinco minutos escasos; el que de buena fé cree confiadamente en las palabras de otras personas, y cuyas palabras son como los fósforos ingleses, que principian á arder con mucho ruido, y se apagan al más ligero soplo; el que se forja ilusiones, funda esperanzas, y allá en su imaginación soñadora, va formando la hermosa idea de un porvenir lleno de esa felicidad que le han hecho vislumbrar los apasionados labios de una mujer amada que más tarde le olvida y abandona; y finalmente, todos los que en el mundo viven llevando en la mente un pensamiento generoso, en el carácter un germen de bondad, en el corazón un amor sincero, en la voluntad una tendencia complaciente, en la inteligencia una confiada fé en los sentimientos de los demás, y en el alma el constante afán de hacer bien, ¿qué son sino muñecos que se agitan á merced de voluntades ajenas, que obedecen al capricho de seres egoístas, que pasan la vida esperando siempre, que aceptan de buena fé todas las disculpas, que disculpan, con más buena fé todavía, todas las consecuencias, que esperan la venida de algo ofrecido que nunca llega, y que (del mismo modo que los muñecos) envejecen por el mucho uso, se destruyen por el constante jugueteo de que son víctimas y mueren rodeados de los tristes recuerdos de inmensas ingratitudes?

Y luego dicen que en el Bazar Murciano hay muñecos de todas clases. ¡Mentira! Digo lo que dice un amigo mío: ¡así se escribe la Historia! Ese Bazar está incompleto. En él hace falta un muñeco de verdad.

Voy á hacerle al dueño del Bazar un favor de importancia. Voy á decirle donde podrá encontrar uno de esos muñecos que en el mundo viven para que lo incluya en el primer pelito que haga. Pero como yo no tengo con aquel mucha confianza, voy, mi querido lector, á decirle; para que tú se lo indiques á él, pero encargándole la mayor reserva para todos los demás. Presta el oído y escucha:— Ese muñeco soy yo.

Valentin G. Arroniz.

El compromiso de Ricardo

En la hora del mediodía, á las doce, ó más temprano, pasé por la Platería, y entré en el Bazar Murciano para ver lo que allí había.

Lo que al entrar encontré y ni aun lo puedo escribir; mas mi asombro mayor fué cuando á uno le oí decir:— Vendido está.

— ¿A quién? — No sé.

Y es que vino un caballero de un pueblo del extranjero y por el Bazar pasó, y al verlo, el Bazar entero á Ricardo le compró.

Estaba tan afligido el bueno de D. Ricardo porque había hecho un pedido de juguetes, en un fardo que no había recibido.

— ¿Y si vienen á comprar? — Me dijo:— ¡Qué voy á hacer? mi dolor es singular, cómo les voy á vender si no hay nada en el Bazar?

— ¡Nunca te sucedió eso? — Ya lo creo, y á menudo pero no con tal exceso — Hombre no pierdas el seso y no seas testarudo.

Y del disgusto salió mi estimado D. Ricardo, pues al punto recibió un fardo tras otro fardo, hasta que el Bazar llenó.

Y ya tiene en este día lleno el Bazar de antemano. Esto servirá de guía para ir á la Platería y entrar al Bazar Murciano.

M. Ruiz-Funes Garcia.

27 Agosto 1902.